

Escribir y estar en común (*)

Marita Novo
maritanovo@yahoo.com.ar
Universidad Nacional de Río Cuarto

I-

Después de haber sido formada en el estructuralismo literario recién reivindicado -y por eso un tanto fanático- de la primavera democrática de Argentina; después de estudiar epistemología, algo de semiótica y filosofía analítica; y, sobre todo, después de haber pasado una década, y muchas, demasiadas horas, de esos años dedicada a enseñar las regulaciones casi policíacas que orientan el orden del discurso en la escritura científico académica, resulta muy difícil (no se imaginan cuánto) decir –escribir- *yo*. Y no como mera estrategia retórica, artificio formal o marca de posición enunciativa, sino *yo* para hablar de mí, desde mí, sobre mí misma. *Yo* para referir a este –esta- alguien que habla, que lee lo que ha escrito, que se lee y lee a otros mientras pronuncia en voz alta lo que escribió, al mismo tiempo que –entre otras cosas- tiembla, piensa en la cena, extraña a sus hijos.

Sin embargo necesito ensayar la intemperie algo exhibicionista de la primera persona –antes de volver a refugiarme en el seguro recato del se, del uno, del modesto nosotros- porque de eso, justamente, quiero hablar en esta oportunidad: no de mí, particularmente, sino de quien habla en los textos escritos, en especial en los que producen los estudiantes en el ámbito de la formación en humanidades y ciencias sociales. A diferencia del Beckett citado por Foucault en *¿Qué es un autor?* (Foucault, 1969), voy a asumir que sí, por supuesto, claro que importa quien habla (1) (o, por lo menos, a mí me importa).

El asunto, ahora, podrían interpelarme ustedes, es aclarar qué es el quien de que hablo (o de qué hablo cuando digo quien, cuando digo alguien, yo o mí misma); tarea para nada sencilla que remite no sólo al aparato formal de la enunciación (Benveniste, 1966), sino también al problema de la identidad y, con ella, tal vez, al de la inconceptualizable subjetividad (Ortiz, 2007). No sólo lleva a considerar la manera como una identidad aparece inscrita en la textura de los discursos científico académicos (dando cuenta de alianzas, traiciones, tradiciones, competencias; o delatando, irresponsable, las parcialidades, las fobias o el deseo que opacan la cristalina claridad de los conceptos y la nítida fiabilidad de los datos), sino que también conduce a preguntarse cómo se escribe a sí mismo quien escribe. Esto es, a interrogarse por las huellas que esa práctica deja en quien la realiza; a tratar de averiguar si –y en ese caso, cómo, de qué modo- se emancipa de unas sujeciones y se sujeta a otras el que enhebra signos diversos y voces ajenas en el tejido de su escritura.

Esto me inquieta, sobre todo, porque me lleva a repensar mi intervención en otras subjetividades como torpe “operadora” de tecnologías de sistemas de signos y, al mismo

tiempo, inevitablemente, de tecnologías del yo (Foucault, 1990: 48) (2), mientras creía cumplir un simple papel instructivo en la enseñanza de convenciones retóricas de los textos universitarios. Aunque a veces, como Bartleby, diga que casi “*preferiría no hacerlo*” (3), estoy comprometida seriamente en esta tarea de enseñar a redactar textos académicos a los nuevos, es decir a los que pretenden incorporarse a esta comunidad de la que formamos parte, o que nos reparte, en términos de Nancy (2000).

Mi pregunta, que tal vez es similar a la que se hacen muchos de los que ocupan lugares parecidos al mío- es cómo, hacia dónde y hasta dónde orientar las acciones de enseñanza para contribuir efectivamente a que los recién llegados puedan integrarse a esta comunidad de diálogo sin por eso fundirse en el intento (hablo de fundirse en su doble acepción de fusionarse, derretirse, amalgamarse; y de quebrar o perderlo todo, hasta la propia voz). Es, tal vez, una pregunta signada por el recelo de mi generación ante todo atisbo de autoritarismo, de imposición totalitaria y hegemónica de maneras de decir, hacer y pensar; pero también se trata de un interrogante atravesado por el fracaso –o la hipocresía- del “dejar hacer”, adornado con promesas de auténtica originalidad, que no ha logrado más que reproducir, cuando no profundizar, las desigualdades y exclusiones heredadas.

Por supuesto que no voy a poder resolver ahora, ni mucho menos sola, esta cuestión: para eso, supongo, para estar y pensar en común es que nos encontramos en este tipo de eventos, que comparecemos en esta comunidad. Lo único que voy a hacer a continuación es explorar dos de los aspectos que parecen involucrados en el problema: el del sujeto que escribe (en tanto autor, enunciador y agente social), y el de la de comunidad a la que procura incorporarse.

II

“...yo no dije que el autor no existe; no lo dije y me sorprende que mi discurso se prestara a semejante contrasentido.” (4)
M. Foucault

En su famosa conferencia “*Qué es un autor*”, Foucault (1969 [1999]), situándose más allá de la evidencia empírica de que todo texto ha sido escrito por alguien, establece una distinción entre dos maneras de abordar la cuestión del “autor”: por un lado, el análisis “*histórico-sociológico del personaje del autor*” (Ibíd.: 10); por el otro –el que a Foucault le interesa-, la “*función autor*”; es decir, “*la manera como el texto apunta hacia esa figura que le es exterior y anterior, al menos aparentemente*” (ibíd.:11).

Desde esta perspectiva, el autor es -o puede ser visto como- una función de ciertos discursos y no de otros; además, se trata de una función que opera de manera diferente en distintas épocas y culturas: “*es, entonces, característica del modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad*” (ibíd: 20). Así concebida, la función autor es el resultado de operaciones específicas y complejas que atribuyen la unidad y coherencia de una obra o un conjunto de obras a la identidad de un sujeto construido (Chartier, 2000: 90). Esa construcción varía según las épocas y los tipos de discurso: “*No se construye un autor filosófico como un poeta; y no se construía el autor de una obra novelesca en el siglo XVIII igual que en nuestros días*” (Foucault, 1969

[1999]: 24). Sin embargo, pueden reconocerse ciertas invariantes en las reglas de construcción del autor a través del tiempo.

Dos de los rasgos que, según Foucault, caracterizan la función autor en nuestra cultura –y que nos interesan particularmente al pensar en los estudiantes de humanidades y ciencias sociales- son que se trata de “una función ligada al sistema jurídico e institucional que encierra, determina, articula el universo de los discursos” (en nuestro caso, la universidad); y que “no remite pura y simplemente a un individuo real, puede dar lugar a varios ego de manera simultánea, a varias posiciones-sujeto, que pueden ocupar diferentes clases de individuo” (ibíd: 29). Esto es, la función autor puede ser ocupada por diversos individuos, a la vez que una pluralidad de posiciones de sujeto pueden ser referidas a un solo nombre propio.

Más o menos por la misma época en que Foucault pronunciaba su discurso sobre el autor, Benveniste (1966 [1976]) publicaba en *Problemas de lingüística general* su célebre artículo “*El aparato formal de la enunciación*”, donde presentaba la instancia de discurso como la instancia fundante de mundo: yo soy quien dice yo, aquí y ahora es cuando y donde hablo; desde este punto, esta especie de aleph, se despliega el universo entero. Esta presentación dio lugar a diferentes lecturas: una apunta al referente del “yo”; desde esa perspectiva se emplea “enunciador” para designar al productor del enunciado, sin muchas especificaciones. Otra lectura –la privilegiada en el análisis de discurso contemporáneo- toma al enunciador solamente como la instancia de la que “yo” es la huella, “*instancia implicada por el acto de enunciación en el momento de efectuarse y que no tiene ninguna existencia independiente de ese acto*” (Charadeau y Maingueneau, 2005: 216). Pero - podemos constatar ahora- en cualquier discurso, sobre todo en las humanidades y las ciencias sociales, puede haber muchos enunciadores disputándose el protagonismo.

Respecto de esto, Bajtin (1982: 301) –que escribe antes y desde otro lugar, pero que empieza a ser conocido en Europa occidental alrededor de la misma época-, dice que todo autor es una especie de dramaturgo que escenifica en su discurso, como si fuera un escenario, las discusiones sobre el tema que está tratando. Pero se trata de un dramaturgo que nunca cede totalmente la responsabilidad de su discurso, ya que el sentido, aunque aparezca distribuido entre las voces ajenas convocadas, depende de cómo aparecen dispuestas y orquestadas por el autor, entendido, entonces, como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia (Foucault, 1969 [1999]: 30).

Este principio autoral adquiere matices especiales en el caso del discurso académico debido a sus regulaciones institucionales, ya que en él el autor debe conformar una imagen enunciativa que guarde coherencia con su lugar (5) como agente en la institución para lograr un reconocimiento; pero, al mismo tiempo, puede –o debería-, al menos en algunos casos, servir para efectivizar un desplazamiento esperado, una movilidad en el recorrido de su carrera: aprobar una materia, lograr un grado profesional, obtener un título de posgrado, conseguir subsidio de investigación, ganar un concurso.

Algunas investigaciones, realizadas conjuntamente con otras colegas, sobre las prácticas de escritura académica (6) nos han permitido reconocer que la disposición de un lugar para la propia voz en el entretejido de discursos que conforman una disciplina, y los modos de relación que, desde ese lugar, se van entablando con los conceptos en la escritura de los distintos géneros solicitados parecen ser dos de los problemas principales a los que se enfrentan los estudiantes universitarios de humanidades y ciencias sociales en el transcurso de su formación profesional (Tenca y Novo, 2008). Las tensiones entre la

escritura personal, la fidelidad a las fuentes y el respeto a las regulaciones retóricas vigentes se ponen en evidencia en el transcurso de la composición de ensayos o monografías, cuando se trata de sostener -con argumentos admisibles por la comunidad disciplinar en la que se aspira a participar- una idea propia y, al mismo tiempo, insertarse de manera pertinente y relevante en un horizonte conceptual y una tradición investigativa particular.

Parece razonable conjeturar que las dificultades mencionadas no residen solamente en cuestiones de orden técnico de manejo de recursos enunciativos, que podrían resolverse mediante la instrucción en las convenciones del lenguaje académico, sino que afectan a la constitución y presentación de la identidad del profesional en formación, en la medida en que la escritura de los trabajos y su aprobación constituyen momentos decisivos en la trayectoria de los estudiantes, a tal punto que el resultado obtenido habilita (o no) a quienes firman los trabajos en cuestión a ingresar en un círculo nuevo del ámbito académico, o a asumir un estatuto diferente en la comunidad de la que empieza a formar parte. En otros términos, con la configuración en el discurso de una imagen enunciativa particular tramada en permanente tensión con el orden epistemológico de la disciplina, las regulaciones de la institución universitaria y las tradiciones que afectan a los géneros académicos, se juega – entre otras cuestiones de índole más personal- un desplazamiento en el lugar del autor-estudiante en el medio universitario en el que se desempeña (Costa y Mozejko, 2001), a la vez que se expone a otros el resultado de un proceso poético de transformación intelectual.

III

“No es lo propio, sino lo impropio –o, más drásticamente, lo otro- lo que caracteriza a lo común”.
R. Espósito

Al comienzo me preguntaba cómo y hasta dónde intervenir como docente para que los recién llegados puedan integrarse a nuestra comunidad discursiva, que también es una comunidad de prácticas, sin “fundirse” en el intento. Esto es, de qué manera recibir a los nuevos para que puedan participar en nuestro diálogo sin repetirnos, sin ser nuestro eco. No parece que sirva la figura del policía de tránsito que indica las regulaciones vigentes y señala lo que no hay que hacer, o por dónde hay que circular; pero tampoco alcanza con la del guía turístico, que muestra los lugares característicos sin intentar que el visitante deje de sentirse un extranjero. Una actitud más adecuada podría ser la de la hospitalidad (7); actitud similar a la que adoptamos ante los que vienen a habitar en nuestro barrio o nuestra ciudad.

Por supuesto que qué hacer con los que llegan se vincula con cómo es ese ámbito en el que éstos piensan afincarse. En este sentido, tal vez convenga pensar mejor de qué comunidad estamos hablando, o en qué sentido hablamos de comunidad. Para esto voy a interrogar las concepciones de dos filósofos contemporáneos que se proponen repensar la comunidad desde un lugar diferente al habitual luego del “fracaso de todos los comunismos” y la constatación de la “miseria de los nuevos individualismos” (Espósito, 2003: 21). Estos pensadores (hablo en particular de Roberto Espósito, 2003 y Jean-Luc Nancy, 2000) proponen una noción de “comunidad inoperante” que requiere la construcción de lo que ellos llaman el relato impolítico de la comunidad. Esto es, la comunidad entendida y practicada no como una unidad que se impone de antemano (que precede a las singularidades que la conforman) ni como un punto de llegada (en el que terminarían disolviéndose en perfecta comunión las diferencias), sino como punto de

encuentro, condición y oportunidad para el despliegue y el reparto de las singularidades al estar en común.

Indagando la etimología del término *communitas*, Esposito discute la tradición que concibe la comunidad a partir de lo propio y retoma las acepciones que usan “*común*” para referir a lo que no es propio, que empieza donde lo propio termina (Esposito, 2003: 26). Lo que comparten los miembros de la comunidad, según este autor, no es una propiedad sino una carga, un deber o una deuda. Se trata de “*un conjunto de personas unidas no por un más sino por un menos, una falta, un límite que se configura como gravamen, o incluso una modalidad carencial, para quien está afectado, a diferencia de aquél que está exento o eximido*” (Espósito, 2003: 30). Desde esta perspectiva lo que se opone a la comunidad (su antónimo) no es lo privado sino la inmunidad, la inmunización frente al otro (Ricca, 2008).

Nancy (2000) enfatiza el papel de la relación de reparto comunicativo de la comunidad como condición de identidad, en el sentido de que solamente se entiende “yo” si hay otro; sólo se habla o se escribe si es para otro: “*La comunidad es lo que tiene lugar siempre a través del otro y para el otro. No es el espacio de los “mí mismos” (...) sino aquél de los “yoes”, que son siempre otros (...). No es una comunión que fusione los mí mismos en un Mí mismo o en un Nosotros superior. Es la comunidad de los otros*” (Nancy, 2000: 26).

Estar en común, entonces, no significa comulgar con verdades absolutas que a través de un habla plena, de un habla común, terminaría en la identidad (la identificación) acabada de todos en uno; por el contrario, se trata de la relación singular entre los seres singulares. Por eso, dice Nancy, hay escritura: “*Escribir para el otro es en realidad escribir a causa del otro (...) la escritura es el gesto que obedece a la pura necesidad de exponer el límite: no el límite de la comunicación, sino el límite sobre el cual la comunicación tiene lugar*” (Nancy: 81).

Desde esta concepción, me parece, si aceptamos que la comunidad es una condición antes de ser un valor, podemos quitar –al menos un poco- el halo redentorista o misionero con que nos gusta revestir nuestro trabajo de recibir a los que llegan a habitar en nuestro territorio académico universitario: no vamos a confiarles el don de una palabra revelada, ni a revelarles el código secreto, la clave o contraseña para ser reconocidos entre los iniciados. Vamos, por el contrario, a compartir con ellos (a repartirles) una carga, una deuda, una carencia; les vamos a exponer el límite de saber y de poder sobre el que tienen lugar la comunicación y la construcción de conocimientos. Se trata de habilitarlos –y habilitarnos al mismo tiempo- para una articulación de la comunidad. Siempre que pensemos, como dice Nancy (2000:94) que “*articulación significa, en cierta forma, escritura, vale decir inscripción de un sentido cuya trascendencia está indefinida y constitutivamente diferida*”.

Notas

(*)Leído en el Panel “Prácticas de lectura y escritura académicas en el ingreso a la universidad”, organizado por la Sede Río Cuarto de la Cátedra Unesco en el marco del 3er. Encuentro Nacional sobre Ingreso Universitario, realizado en la UNRC, entre el 1 y el 3 de octubre de 2008.

(1) Dice Foucault: “Tomo de Beckett la formulación del tema del que quisiera partir: ‘qué importa quien habla, dijo alguien, qué importa quien habla’.” (Foucault, 1969 [1999]: 11)

(2) En “Tecnologías del yo”, Foucault indica que las diferentes formas en que los hombres han desarrollado un saber acerca de sí mismos se institucionalizan en ciencias (psiquiatría, medicina, economía, etc.)

relacionadas con técnicas específicas que los hombres utilizan para entenderse y para regularse a sí mismos. Según la clasificación propuesta por el autor, existen cuatro tipos principales de estas tecnologías, cada una de las cuales representa una matriz de la razón práctica: 1) tecnologías de producción, 2) tecnologías de sistemas de signos, 3) tecnologías de poder y 4) tecnologías del yo. Estos tipos de tecnologías, que implican ciertas formas de aprendizaje y de modificación de los individuos, casi nunca funcionan por separado, aunque, como aclara Foucault, cada una de ellas está asociada con algún tipo de dominación (Foucault, 1990: 47-50).

(3) Me refiero al personaje de la obra de Melville *Bartleby, el escribiente*. Esta mención remite a un diálogo, iniciado en las Jornadas de inauguración del CIELE (UNRC, 2004) y sostenido a través de varios años con otros profesores de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNRC.

(4) Palabras con que Foucault responde a una intervención de L. Goldmann en la discusión que se genera al término de su conferencia pronunciada frente a la Sociedad Francesa de Filosofía.

(5) Costa y Mozejko (2001:12 y 13) proponen reformular la pregunta acerca de quién habla por una que cuestione desde dónde se habla. En realidad, plantean que al responder sobre el dónde se lograría información relevante acerca del quién, ya que el lugar desde donde actúa (su posición y sus desplazamientos en una trama de relaciones que opera según una dinámica determinada) es lo que define al agente. En síntesis: proponen el lugar como principio de definición de la identidad del agente social.

(6) Se trata de proyectos llevados a cabo en distintas instituciones: “Competencias de escritura de los ingresantes a los profesorados”, IFDC-VM, 2002-2004; “Algo más que una caja de herramientas: articulaciones entre competencias de escritura y saber disciplinar” (PIIMEG 2005- UNRC), “Escritura y Saber disciplinar” (PIIMEG 2006-2007-UNRC), y “Configuraciones conceptuales y enunciativas en el aprendizaje de la escritura académica” (SECyT- UNRC, 2007-2008)

(7) Aunque parece la figura más apropiada, también, como las otras, presenta sus problemas. Sobre las aporías, las paradojas y las tensiones de la hospitalidad (que también atraviesan nuestras actitudes con los ingresantes) vale la pena acudir al texto *La hospitalidad*, de Jaques Derrida: “No existe hospitalidad, en el sentido clásico, sin soberanía del sí mismo sobre el propio hogar, pero como tampoco hay hospitalidad sin finitud, la soberanía sólo puede ejercerse filtrando, escogiendo, por lo tanto excluyendo y ejerciendo violencia” (Derrida, 1997 [2006]:59). Según el autor, el problema de la hospitalidad es coextensivo al problema ético: “se trata siempre de responder de una morada, de su identidad, de su espacio, de sus límites, del *ethos* en cuanto estancia, habitación, casa, hogar, familia, lugar-propio” (Ibíd: 149).

Bibliografía

BAJTIN, Mijail (1982) *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.

BENVENISTE, Emile (1966 [1979]) *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI.

CHARADEAU, P. Y D. MAINGUENEAU (2005) *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires, Amorrortu.

CHARTIER, Roger (2000) *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la edad moderna*, Madrid, Cátedra, 2000.

COSTA, Ricardo y D. MOZEJKO (2001) *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, Rosario, Homo Sapiens.

DERRIDA, Jacques (1997 [2006]) *La hospitalidad*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Espósito, Roberto (2003) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

FOUCAULT, Michel (1969 [1999]) *Qué es un autor*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Colección textos Mínimos.

FOUCAULT, Michel (1970 [1987]) *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.

FOUCAULT, Michel (1990) *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.

NANCY, Jean -Luc (2000) *La comunidad inoperante*, Santiago de Chile, LOM.

ORTIZ, Gustavo (2007) “Esa inconceptualizable subjetividad. A propósito del sujeto en las Ciencias Humanas y en las Humanidades” (inéd.)

RICCA, Guillermo (2008) “Sin mito. El relato impolítico de la comunidad” (inéd.)

TENCA Y NOVO (2008) “¿Quién escribe en un ensayo de lectura? Configuraciones del yo en el aprendizaje de la escritura académica”, *Borradores 7*, publicación del Departamento de Lengua y Literatura, Facultad de Ciencias Humanas, UNRC, (<http://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Borradores.htm>).

